

jor novelista y del poeta precursor de la más perdurable corriente poética del romanticismo español: Bécquer y Rosalía de Castro. Un perfecto camafeo. Orfebrería para llevar sobre el corazón.

Los tratadistas del romanticismo español no logran ponerse de acuerdo pese a la extensa y variada bibliografía disponible. Están los que pretenden extender su vigencia a través de siglos de literatura española —romancero, clasicismo, barroco— para conferirle una originalidad que no tuvo. Fue un retoño de los románticos alemanes, ingleses y franceses. Confunden la enorme potencia de aquellos siglos con la desmesurada retórica del romanticismo. El bosque imperial les impide aceptar el árbol raído de la decadencia. Y están los que lo desprecian por su carácter dependiente casi como si hubiese sido una moda pasajera de escasa importancia. Olvidan que los retoños se hacen árboles y que todavía en 1897 Rubén Darío publicó en su libro *Abrojos*, un confesado homenaje a Bécquer, es decir, una apuesta que repitieron posteriormente Juan Ramón Jiménez y cierto Antonio Machado, quien apostilló el reticente elogio positivista sobre Bécquer «un acordeón tocado por un ángel» con una aseveración de Juan de Mairena: «Conforme, el ángel de la verdadera poesía».

Y aunque algunos autores, como Angel del Río, apunten la sugestiva conclusión de que «La fisonomía y el interés del romanticismo en lengua española —aparte de haber producido obras de indudable calidad, aunque ninguna de rango universal— está en su fracaso mismo, en lo que tuvo de conflicto sin solucionar», desecha, acaso demasiado rápidamente, que el romanticismo propició un extenso catálogo de literaturas nacionales en Iberoamérica y el renacimiento de las culturas catalana y gallega en la península. El romanticismo como movimiento literario español es mucho menos vasto, profundo y diverso que el romanticismo hispánico como fenómeno cultural. Las lenguas y hablas periféricas se independizan del modelo cortesano vigente hasta el momento, se amplía el ámbito de sus referencias y la metrópolis ya no es el centro de poder político sino una coincidencia de la sensibilidad de los autores. El romanticismo comienza la historia de la literatura en español más que continuar la literatura española.

Acaso el problema de la valoración del romanticismo español radique en la diferencia entre imaginación y fantasía

referidas al proceso de creación artística. La imaginación designa un fenómeno diferente de la memoria. Revive las imágenes sensibles de percepciones pasadas, imaginación reproductora, o combina las imágenes anteriores en otras nuevas, imaginación productora o creadora. A su vez, la imaginación creadora puede actuar de dos maneras: como fantasía, relativamente espontánea e incontrolada, base de manifestaciones artísticas; o como imaginación constructora, dirigida por un objetivo o propósito, usada en las ciencias tanto exactas como sociales o filosóficas. Los precursores de un movimiento literario modifican el acento de las percepciones usuales, incitan un cambio de sensibilidad en las imágenes; los autores paradigmáticos de la escuela, combinan las nuevas imágenes con su fantasía, reflejan un proceso de dominio y destilación de la nueva sensibilidad.

El breve período fecundo del romanticismo español —de 1834 a 1845 aproximadamente— fue en realidad más una propuesta de cambio en las imágenes —ante el paisaje, la sociedad, la historia, la intimidad— que una entrañada asunción de la nueva sensibilidad. De ahí el retoricismo, a veces inventarial como en *Don Alvaro o la fuerza del sino* del Duque de Rivas, que predomina en muchos autores del romanticismo programático. La nueva sensibilidad se encarnó en los epígonos, especialmente Bécquer, aunque algunos autores como Angel del Río lo consideren posromántico. Y uno de los más acabados y conscientes propugnadores de las nuevas imágenes fue Enrique Gil y Carrasco: «Dulce es al alma cruzar/ con la brisa de las selvas/ esos aires que la luna/ confusamente platea;/ adormecer la razón/ con deslumbrantes quimeras./ Y al alcanzar de los sueños/ con desbocada carrera/ lanzar la imaginación...»

Considerado convencionalmente como romántico moderado porque no adoptó en bloque la retórica del movimiento sino que seleccionó las propuestas mejor avenidas con su talento y gusto, Gil y Carrasco fue un consciente depurador de los excesos y contradicciones de la escuela, como puede verse en sus trabajos de crítica literaria sobre las poesías del Duque de Rivas, Espronceda y Zorrilla. Frente al romanticismo estentóreo y programático, sus ideas pueden aparecer desvaídas cuando en realidad son precisas y exactas. Se articulan por una exigencia rigurosamente estética antes que por una convención expresiva. Frente a la pasión a veces impostada,

optó por el sentimiento, generalmente más auténtico. Y con esta actitud sentó las bases para una corriente dentro del romanticismo español. Es lo que sucede con el tratamiento del paisaje en *El Señor de Bembibre*, la mejor novela romántica porque más allá de la trama convencional y los personajes esquemáticos, expone un verdadero sentimiento personal frente a la naturaleza. Ricardo Gullón la caracteriza en síntesis magistral: «Era la obra grande, la gran obra de Enrique Gil; culminación de sueños, índice de recuerdos, exaltación de nostalgias. Una o dos veces en la vida el escritor (algún escritor) encuentra un tema coincidente con su propio ser, tema que crece en secreto y de pronto brota como una llamarada alta, vivísima, vigorosa. En la existencia de Gil, todo, desde la infancia, parecía predestinado a escribir la historia de Don Alvaro de Bembibre, tan desdichado en amores como él mismo. Vierte en su libro el contenido del alma: ecos de viejas baladas, el paisaje de sus correrías moceriles, la sombra de una juvenil pasión, la nostalgia del pasado y la reflexión sobre la inevitable ruina de cuanto existe.»

Cisne sin lago de Ricardo Gullón rescata ejemplarmente la vida en aparente segundo plano de uno de los protagonistas del romanticismo español. Por origen, temperamento y trayectoria no estaba destinado a las candilejas deslumbrantes del éxito social, pero su labor repercutió en las generaciones posteriores acaso menos como modelo literario que como exigente actitud frente a la creación. Vida segada por una pronta enfermedad incurable, en el texto de Ricardo Gullón recupera su valor paradigmático y prefigurador. Tiene, por ejemplo, puntos comunes con la biografía de Bécquer: el funcionariado por prebenda amistosa, el periodismo para sobrevivir, la tuberculosis mortal de la época. Aún los documentos inéditos que Gullón publica como apéndice son un breve inventario de las sórdidas nimiedades que padece la realidad cotidiana de las personas, aquellas para quienes el único privilegio de nacimiento consiste en intentar sobrevivir. Acaso porque la vida siempre transita en una situación límite pero sólo a veces se tiene una cierta conciencia de ello. Y esa conciencia sin acritud rebelde ni exageración pesimista, antes bien, con un realismo humanitario y una comprensión sosegada es visible en *Cisne sin lago* de tal modo que también resulta posible decir de la biografía lo que Ricardo Gullón dice del biografado: «...y

algunas almas, después de leer sus poesías, su novela, le sienten cercano y amistoso.»

José Alberto Santiago

Obras ¿completas? de Macedonio

Para tantos espíritus esquemáticos —por no decir directamente dogmáticos— como suelen asolarnos, tan habituados a emitir opiniones apresuradamente estereotipadas como a no basarlas en datos ciertos, ha de resultar sin duda bastante difícil de comprender que sea nada menos que otro argentino como Raúl Scalabrini Ortiz quien, en la primera anotación de la «Libreta de apuntes» con que cierra su sintomático *El hombre que está solo y espera* (1931), se refiera claramente a Macedonio Fernández no sólo como el «primer metafísico de Buenos Aires y el único filósofo auténtico», sino también

* *Macedonio Fernández*. Papeles de Recienvenido y Continuación de la Nada. Ediciones Corregidor, Buenos Aires, 1989. 132 pp. (Col. *Obras Completas de Macedonio Fernández*).

afirmando que la suya «es la filosofía de un porteño: es la quintaesencia, lo más puro, lo más acendrado del espíritu de Buenos Aires» (y ya sabemos que para él lo porteño y Buenos Aires no eran nada más que un símbolo, y eminentemente espiritual, del país entero), para responderse asimismo con ese nombre, el de Macedonio, pocas páginas más allá, a su propia acuciante y perentoria inquietud acerca de que «Se necesita un maestro. Sí: pero uno de los nuestros, a quien escuchar, de los que hayan sufrido los mismos quebrantos, los mismos abatimientos, las mismas postergaciones sin límites. Maestros, no fonógrafos repetidores de dogmas, de mitos, de teorías».

Y si aquel otro límpido texto de Borges respecto a ese magisterio inefable pero indeleble de Macedonio Fernández sobre el propio autor de *Ficciones* pero también, como vemos, sobre los mejores espíritus de su generación, no resultara suficiente, téngase en cuenta lo que ya me he arriesado a afirmar otras veces: en mi modesto entender no hubiera habido Borges sin Macedonio y, es más, Borges realiza, concreta y vuelve a la vez universal y nacional lo que Macedonio había entrevisto, aludido pero también, luminosamente, certeramente, señalado.

Cuando la atención de nuestros letrados todavía no había logrado enfocarse sobre Macedonio (ahora feliz circunstancia de la cual esta misma edición y reedición permanente de sus *Obras Completas*, al cuidado de su hijo Adolfo de Obieta y publicada por este benemérito sello editorial son demostración palpable), en uno de aquellos inolvidables encuentros de mi primera adolescencia con el inquieto y agudo Juan Carlos Paz, allá a mediados de la década de los cincuenta, uno de mis iniciales contactos con la personalidad y la obra de Macedonio Fernández fue ver en las manos de aquel gran compositor y pionero de la vanguardia musical y artística argentina, cuidadosamente forrado pero también continuamente leído y releído, su ejemplar de la segunda edición que Losada había lanzado en 1944 de estos mismos *Papeles de Recienvenido y Continuación de la Nada*, por entonces la única edición nacional suya en relativa circulación.

Releídas ahora, nuevamente, a la vuelta de los años, estas líneas me siguen pareciendo una de las pocas manifestaciones de auténtico humor, ese humor que es sin duda una de las más altas y significativas manifestaciones del espíritu humano y por desgracia bastante esca-

so, a semejante nivel. Pero hay aquí mucho más, como era previsible. Y sólo quien no sea capaz de franquear la apariencia que todo legítimo humor implica podrá negar la limpidez y la originalidad del pensamiento no sólo filosófico o estético sino muchas veces directamente político o social que aquí aflora limpiamente. Como cuando, aunque alejándose casi al final de la frase, califica de «infatuación y mala voluntad» a «las 298 morales, las 1413 religiones, las 921 superioridades de raza y nacionalidad, y los 198 motivos de envanecerse de haber nacido en algún punto» (y esto en 1925), o como cuando afirma interrogándose: «¿Puede tener algún sentido en boca de un joven la fe materialista y cientifista, el agnosticismo, aún la creencia en la casualidad del mundo, en la casualidad o contingencia de nuestro advenimiento individual a él, la creencia en el progreso, que degrada el pasado y valoriza neciamente el porvenir, infatuándonos de ser posteriores al pasado y agitándonos de no estar en ese privilegiado porvenir, la creencia en la ciencia, que declara que este mundo es casual y casual nuestra presencia en él, y que sin que tal punto de partida la paralice se entrega a predecir todo el porvenir —manejándolo por tanto como un pasado— y fija causas a todos los fenómenos de este mundo que pudo o no existir y en el que por tanto la ciencia pudo o no sentarse a dictaminar?», para agregar de inmediato a continuación: «En aquel tiempo yo era socialista y materialista. Hoy soy anarquista spenceriano y místico», y luego hacia el final: «También la beldad civil, o sea la Libertad, el Estado Mínimo, que es mi otro tema u obsesión, será otro de mis tópicos» (lo cual no debe llevarnos a confundirlo con ciertos pseudo-liberales de nuestro medio, esos para los cuales el Estado sólo es molesto cuando choca con la supervivencia de sus privilegios económicos, sino a recordar sus preclaros antecedentes libertarios), o cuando no menos lúcida y valientemente, en su por tantos motivos memorable «Brindis a Marinetti» el cual, como se sabe, por aquel entonces ya no era sólo futurista sino también fascista, comienza por aclararle nítidamente: «En materia política soy adversario vuestro (quizá esto no se sabe en todos los continentes), pues mientras parecéis pasatista en cuanto a teoría del Estado, lo que impresiona contradictorio con vuestra estética, y creéis en el beneficio de las dictaduras, provisionales o regulares, yo no conservo de mi media fe en el Estado, más que